Satisfecho con la noticia, hice saber al padre del prisionero que si quería alquilarnos su casa quedaría libre su hijo dentro de pocos días. No era necesario más para convertir á aquel furioso. Acudió al punto á todos aquellos que él suponía ser mis amigos pidiéndoles su protección; pero viendo que ninguno se apresuraba á servirle, vino en persona á estar conmigo. Puesto en mi presencia, me conjuraba con humilde y suplicante tono, por mi religión, por mi padre, por mi madre y por todo lo que tuviese de más aprecio en el mundo, que le restituyese su hijo. Se le hubiese comparado con el antiguo Príamo viniendo á reclamar de la piedad de su enemigo el cuerpo de su hijo. Yo estaba conmovido. Sin embargo, disimulándolo cuanto pude, le dije con tono severo:

—¿Qué mereces tú después de habernos maldecido tanto?

Entonces, arrojándose á mis pies, juró que estaba arrepentido, y que si había obrado mal era bajo la influencia de algunos malos compañeros.

—Ahora—continuó—he reconocido que tú eres un hombre de bien, y te ruego, no sólo que te sirvas de mi casa, sino que hagas de mí y de mi familia todo lo que quieras.

No me restaba otra cosa que perdonarle, lo que hice de muy buena gana, y al día siguiente se hallaba ya su hijo en su compañía.

Desviado este peligro, surgieron otros varios. No pasaba día alguno en que la vida de los trabajadores no estuviese amenazada; y si quisiéramos contar todos los incidentes que sobrevinieron, añadiríamos todavía un volumen á estas páginas ya demasiado largas. Diremos solamente que los griegos no dejaron de hacer aquí, como en otras partes, el papel de enemigos de los latinos. Ellos no tenían nada que ver ni que hacer en Séforis, y, sin embargo, emplearon sus ordinarios medios, que son el oro y la intriga, para impedirnos el tomar posesión de un santuario que nos pertenecía desde nuestra llegada á Tierra Santa. Mas no teniendo título alguno á su favor, fueron bien pronto reducidos al silencio.

Luego que nuestros religiosos quedaron tranquilos, restauraron, teniendo cuidado de no alterar la forma primitiva, el precioso ábside que encubre el sitio de la casa de Ana y de Joaquín.

Dirijámonos ahora á Naím en donde tendremos que hacer constar los mismos sucesos después de idénticas luchas contra los turcos y griegos.

III

Naím.—El hijo de la viuda.—Los turcos.—El obispo griego Nilos.—El nicho y la columna.

El nombre de Naím significa *hermosa*, y efectivamente, la posición que tiene al pie del Pequeño Hermón es encantadora.

En otro tiempo fué una ciudad de la tribu de Isacar, pero hoy no es otra cosa que un montón de miserables chozas, cubiertas de cieno como todas las de la llanura.

Su población es exclusivamente musulmana. Tiranizada por la administración turca y expuesta además al pillaje de los beduinos, es muy desgraciada á pesar de la prodigiosa fertilidad de su suelo.

Nada atraería hacia esta aldea si no fuese el brillo de un recuerdo evangélico que la hace tan célebre como Betania.

Yendo Jesús de Cafarnaúm á Naim, era seguido de una gran muchedumbre de gente. Cuando llegó junto á las puertas de la ciudad encontró el entierro del hijo único de una viuda, que debía ser muy estimada de sus conciudadanos á juzgar por el cortejo que acompañaba los funerales.

Movido á compasión el Salvador á vista de esta madre desolada, le dijo: «Mujer, no llores.» Después se aproxima y toca el féretro. Detiénense los que lo llevaban, y dijo: «*Joven, yo te lo mando, levántate.*» A esta voz, el muerto se levanta y comienza á hablar. Jesús entonces se lo devolvió á su madre. Se apoderó de todos un gran temor al presenciar este milagro, y glorificaban á Dios diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y el Señor ha visitado á su pueblo.

En el sitio en donde Jesús obró este prodigio había en otro tiempo una iglesia que los turcos han arruinado, edificando no lejos de ella una mezquita con el nombre del segundo jefe del islamismo.

Desconfiados no menos que celosos, habían prohibido la peregrinación anual de los Franciscanos á Naim, y éstos habían

perdido casi por completo la esperanza de volver á emprender esta piadosa y poética costumbre, cuando fué recobrado este santuario con los de Séforis y Caná.

Grandes fueron las dificultades que hubo que vencer. Fué preciso luchar, no sólo contra los tribunales de Naplusa y de Damasco, el bajá de Djenin y todos los cheicks de las aldeas vecinas, sino también contra la perfidia de Nilos, obispo griego de Nazaret, que atizaba el fuego, persuadiendo á los turcos que el terreno sobre que deseaban edificar los Franciscanos era dependiente de la mezquita de Omar, y por consiguiente, sagrado, aun cuando no existiese ya la sobredicha mezquita hacía tiempo.

El gobernador nombró una comisón para averiguar el negocio, y en las primeras excavaciones halló un nicho con una columna. Todos los turcos allí presentes gritaron que no había necesidad de otras pruebas:

—Es el *Mihrab* de la mezquita de Omar,—dijeron. El dragomán de los Franciscanos protestó que aquello no era otra cosa que un altar de los latinos.

—¡Cómo!—dijo uno de los miembros de la comisión—¿desde cuándo construís los latinos vuestros altares al Mediodía?

—En todo tiempo—repuso el dragomán—han edificado los latinos sus altares según las circunstancias y como mejor les ha convenido.

La discusión iba acalorándose cada vez más, y hubiera cedido ciertamente en perjuicio de los Franciscanos, si el cheick de Naim, cuya amistad supieron conquistarse, no hubiera tenido valor para descubrir la verdad.

—Los griegos—dijo—han venido aquí de noche, han roto el arco del nicho y destruido lo que podía recordar los vestigios del culto católico.

El bajá de Naplusa, estupefacto de tal audacia, se retiró sin decir palabra; pero los otros, tanto más fanáticos cuanto más ignorantes, continuaron proclamando que se habían encontrado los restos de la mezquita de Omar, y que jamás pertenecería tal terreno á los francos.

La cuestión quedó por largo tiempo en suspenso, y si tuvo al fin favorable solución, se debe al obstinado trabajo de Fr. Giuseppe y á la benevolencia de Midhat-Bajá, gobernador de Damasco, que en todas las circunstancias tenía á grande honor el mostrarse amigo de los cristianos.

Indecible fué el júbilo con que los Franciscanos reconstruyeron la iglesia elevada por los primitivos fieles á las puertas de la ciudad de Naim, la cual se levanta como un luminoso faro en medio de los pobres infieles sepultados en la ignorancia y el embrutecimiento. En su mudo lenguaje, parece decirles: «Levantaos al fin, y dad gracias á Jesús que se manifestó aquí mismo por uno de sus más estupendos milagros.»

Al lado de la iglesia hay una pequeña casa, compuesta de tres departamentos, dos de los cuales están destinados á los religiosos, y el tercero al Guardián turco del santuario, que habita allí con su familia. Durante el año, van muchas veces los Franciscanos á celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

Su grande peregrinación debería tener lugar durante la Cuaresma, pero á causa de las lluvias y del lodo que convierten en una cloaca la llanura de Esdrelón, se hace el 4 de Mayo. fiesta de Santa Mónica, esta otra viuda tan célebre como la del Evangelio.

IV

Jafa.—Santiago y Juan.—Las limosnas de España.
La casa del Zebedeo.

Todos los caminos alrededor de Nazaret conducen á algún santuario ó á algún sitio revestido de un carácter religioso. Hoy hemos ido á Jafa á saludar la ciudad natal de los dos hijos del Zebedeo, los Apóstoles Santiago y Juan, elegidos entre los elegidos, escogidos por el Señor para ser testigos de su gloria sobre el Tabor y de sus dolores en el huerto de Getsemaní.

Para llegar á Jafa se sigue durante tres cuartos de hora un camino plantado de higueras, granados y cactus. Era en otro tiempo plaza de guerra, pero hoy no es más que una pequeña aldea que cuenta apenas unos seiscientos habitantes, y no conserva sino lo que no le han podido quitar las revoluciones, su agradable posición.

Desde la altura sobre que está edificada, se extiende la vista

sobre el Mediterráneo y el Carmelo. Batida por toda clase de vientos, goza esta aldea de un aire muy puro.

El 25 de Julio, fiesta de Santiago, parten los Franciscanos á las tres de la mañana, y se dirigen á Jafa para celebrar la Misa solemne en el sitio mismo del nacimiento del Apóstol. Los peregrinos son muy numerosos. Llevan consigo las provisiones necesarias, que consisten en galletas y cohombros, de los que los árabes son muy golosos. Después de haber satisfecho su devoción, se sientan á la sombra de los olivos y toman alegremente su comida.

Esta antigua peregrinación se hace hoy con devoción y seguridad.

En efecto, en 1885, gracias á la actividad de Fr. Giuseppe, de Nápoles, los Guardianes de Tierra Santa reconquistaron el santuario de Santiago, que no era sino una capilla arruinada, y la han convertido en una linda aunque pequeña iglesia, levantada con las limosnas de España.

En la sacristía hemos visto con interés los vestigios de la antigua casa del Zebedeo, puestos al descubierto.

CAPÍTULO XXXIII

EL TABOR.

I

El salteador convertido.—El sendero bajo los robles.—La puerta del Viento.—La montaña de la Luz.

De Nazaret, nuestro cuartel general, partimos para el Tabor, en donde permaneceremos algunos días, seguros de encontrar la hospitalidad franciscana. Un buen religioso, de sonriente aspecto, estará en el umbral del pequeño hospicio y nos dirá: «Oh peregrinos de lejanos países, sed bienvenidos; entrad, venid á comer el pan de la caridad que os ha preparado nuestro Padre San Francisco.»

Organizamos con cuidado nuestra pequeña caravana, y nos pusimos bajo la dirección del demandadero del convento. Es joven aún y de un carácter vivo y alegre. Bandido convertido, no anda ahora sino al canto del *Ave Maris Stella*. Ha recorrido la Galilea y Palestina en todas direcciones, conoce todos los dialectos, tiene amigos en todas partes y habla muy correctamente el italiano. Nos ha proporcionado excelentes mulas, en las que haremos el viaje, según nos lo promete, sin el menor accidente.

Nos hundimos en los lindos valles que hay en la base del Tabor, que se levanta ante nosotros como se eleva el pico de Tenerife del seno de las aguas. No tiene sino trescientos ventiún metros de altura sobre la llanura que le rodea, pero su posición absolutamente aislada le da un aire de incomparable grandeza.

Un sendero abierto por las lluvias y serpenteando por debajo